

La Teología de la Imitación

**LLAMADO
AL SANTUARIO**



1996 Volumen 5, Número 2

TABLA DE LAS ABREVIATURAS DE
LAS REFERENCIAS DE
ELENA G. DE WHITE

CB	E.G.W.(Comentario Bíblico Adventista.)
CS	Conflicto de los Siglos.
DTG	El Deseado de Todas las Gentes.
EC	La Edificación del Carácter.
HA	Los Hechos de los Apóstoles.
MS	Mensajes Selectos.
PP	Patriarcas y Profetas.
PVGM	Palabras de Vida del Gran Maestro.
QD	Questions on Doctrine.
RH	Review and Herald.
SR	Story of Redemption.
ST	Signs of the Times.
T	Testimonies to the Church
TH	That I May Know Him. (A fin de Conocerle.)
YI	Youth Instructor.
op.cit.	Cita del libro aducido anteriormente.

Llamado al Santuario es un periódico para los Adventistas del Séptimo Día. Se mantiene por las contribuciones de sus lectores interesados. Es enviado gratuitamente a quienes lo soliciten. Dirijase a: LLAMADO AL SANTUARIO, P O Box 292, Temecula, California 92593 USA

La Teología de la Imitación

por Meade Roberts

SALVACIÓN POR CARÁCTER

Siempre han habido sólo dos religiones en este mundo--la religión de Caín contra la religión de Abel; la de Ismael contra la de Isaac; la de los judaizantes contra la de Pablo; la de Roma contra la de los reformadores. Una religión aboga por la salvación por obras. La otra ofrece la salvación mediante la gratuita gracia de Dios. No existe compromiso alguno entre ellas.

No debemos imaginarnos que la religión de la salvación por obras aparece siempre en el atuendo de un legalismo ofensivamente ruidoso y burdo. ¡Aún el mismo fariseo podía darle gracias a Dios por no ser como los demás hombres! Roma enseña que el hombre es justificado y salvado mediante una infusión de la gracia de Dios. Ella llama a esto *salvación por la gracia de Dios únicamente*. Pero debido a que esta salvación no está fundada sobre la obra terminada de Cristo únicamente, viene a ser realmente una forma disfrazada de justicia por las obras.

La salvación mediante el desarrollo del carácter es una gran falsificación de la salvación por gracia. El carácter es algo importante. En el juicio final testificará a favor o en contra de lo genuino de la fe del hombre. Pero el hombre no se salva por virtud de su buen carácter ni al comienzo ni al final de su vida cristiana.

El primogénito Israelita en Egipto se salvó de la destrucción del ángel por la sangre cubridora. Las buenas recomendaciones de su carácter, no habrían servido para salvarlo.

Otro disfraz de la religión falsa es la salvación por la imitación de Cristo Jesús. Ningún cristiano verdadero ha de negar que debe seguir el ejemplo de Cristo, pero éste también reconocerá que no se lo salva por esto. El ejemplo de Cristo es la ley (la norma), pero los que tratan de salvarse por la ley (siguiendo el ejemplo de Cristo) están debajo de maldición (Gál. 3:10). Al no alcanzar el ideal, quedan expuestos a un pacto quebrantado que no puede mostrar misericordia.

El libro religioso de mayor popularidad durante la Edad Media fue el de Thomas A. Kempis titulado "*La Imitación a Cristo*". El propósito de este famoso manual de devoción espiritual era el de instruir al cristianismo en cuanto a cómo buscar la perfección siguiendo a Cristo como Modelo. El libro contenía muchas cosas buenas; lo único que le faltaba era el Evangelio. Millones lo leyeron, fueron instruidos por él, y trataron de alcanzar el cielo siguiendo sus instrucciones. Pero esta teología de *imitación* no podía reavivar ni renovar a la iglesia.

Roma contra los Reformadores

Los reformadores creían que se debe imitar a Cristo, pero no para salvación. Ellos reavivaron el Evangelio del Nuevo Testamento de una salvación gratuita en base a la vida, la muerte y la resurrección de Cristo.

En el tiempo de la Reforma, la Iglesia Romana estaba hasta las orejas en la cuestión del imitacionismo. Había hecho de Cristo un Ejemplo y enseñado al pueblo que se salvaría siguiendo a este Ejemplo. Fue así como Roma tornó al Evangelio en otra ley, y sujetó a los hombres bajo una esclavitud cruel.

Escuchen lo que Lutero decía a la vez que tronaba contra el papado:

Ahora, así como los judíos se gloriaban solamente en un Abraham que obraba, el Papa también presenta sólo a un Cristo que obra, o más bien un ejemplo de Cristo. Aquel que desee vivir piadosamente --dice él-- debe andar como Cristo anduvo, de acuerdo con su propio dicho en Juan 13:15: "Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis." No negamos que el fiel debe seguir sólo el ejemplo de Cristo, y obrar bien; pero decimos que no son justificados por esta causa delante de Dios. Y Pablo no trata aquí (Gal 3:9) acerca de lo que debemos hacer, sino de los medios por los cuales somos hechos justos. En este asunto no debemos poner cosa alguna delante de nuestros ojos, sino a Cristo Jesús muriendo por nuestros pecados y resucitando para nuestra justificación; y es de él de quien debemos apropiarnos por la fe, como un Don, no como un Ejemplo. Esto no lo entiende la razón; y, por consiguiente, así como los judíos siguen a un Abraham que obra, y no a un Abraham que cree, así también los papistas, y todos los que buscan la justicia por las obras, contemplan y se aferran a un Cristo, no que justifica, sino que obra. Por este medio se apartan de Cristo, de la justicia y de la salvación. Y así como los judíos que fueron salvos, tuvieron que seguir al creyente Abraham; de igual manera nosotros, si es que hemos de ser librados de nuestros pecados y ser salvos, debemos echar mano del Cristo que justifica y que salva, a quien Abraham mismo se aferró por la fe y mediante quien fue bendito....

Las obras excelentes y las virtudes de Abraham no fueron la causa de que se lo contara por justo delante de Dios; de igual modo el imitar y seguir el ejemplo de Cristo no nos hace justos delante de Dios; ya que, para hacernos justos delante de Dios, se requiere un precio mucho más excelente, que no es ni la justicia del hombre, ni la de la ley. Aquí debemos tener a Cristo para que nos bendiga y nos salve, así como Abraham lo tuvo por su Bendiciente y Salvador. ¿Cómo? No por las obras, sino por la fe. En consecuencia, así como hay una gran diferencia entre el Abraham que cree y el Abraham que obra, así también hay una gran diferencia entre el Cristo Bendiciente y Redentor, y el Cristo de las obras y del ejemplo. Con todo, Pablo nos habla aquí del Cristo Redentor y del Abraham creyente; no del Cristo del ejemplo ni del Abraham que obra. Por esto, añade, a propósito, con gran vehemencia: 'Luego, los de la fe son benditos con el creyente Abraham' --Martín Lutero, *Lectures on Galatians*, págs. 239-240.

La Escritura nos presenta a Cristo de dos formas: primero como un Don. Si echo mano de él como tal, nada me falta. Porque en Cristo "están escondidos los tesoros de sabiduría y conocimiento" (Col 2:3). El, con todo lo que está en él, "nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación, y redención" (1 Cor. 1:30). Por lo tanto, aunque yo he cometido ambas cosas --pecados muchos y gravosos-- no obstante, si creo en él, serán todos tragados por Su justicia. Segundo, la Escritura lo presenta como un ejemplo a seguirse. Sin embargo, yo no soportaré la presentación de este Cristo (digo yo, en su plano de ejemplo), sino sólo en tiempo de gozo y alegría, cuando estoy fuera de la tentación (y donde apenas puedo seguir ni una milésima parte de su Ejemplo), para tenerlo como un espejo al cual mirar y ver cuán mucho todavía me falta; para que yo no me crea seguro e incurra en la negligencia. Pero en el tiempo de la tribulación, no he de escuchar ni de admitir a

Cristo, sino como un Don, quien muriendo por mis pecados, ha colocado sobre mí Su justicia, y ha hecho y completado eso por mí, lo que hacía falta en mi vida: "Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree" (Rom 10:4)....

Porque los anabautistas estiman que en su doctrina no hay cosa más gloriosa que urgir con severidad el ejemplo de Cristo y la cruz; y ello, por comprender especialmente que existen mandatos precisos en los que Cristo encomienda la cruz a Sus discípulos. Por lo tanto, debemos aprender cómo enfrentarnos a este Satanás, que se transfigura en la semejanza de un ángel, lo cual haríamos si hacemos diferencia entre el Cristo que se nos presenta a veces como Don, y a veces como ejemplo. Cada una de estas formas de predicar a Cristo tiene su tiempo apropiado, que de no elegirse correctamente podría convertir la predicación de la salvación en veneno. Por consiguiente, debe presentarse a Cristo como Salvador y Don a los que ya están abatidos y magullados por la inmensa carga y peso de sus pecados, y no como Ejemplo y Legislador. Pero a los que se sienten seguros y son obstinados, se les debe presentar como un Ejemplo; también se les deben presentar las duras declaraciones de las Escrituras, y deben ponerse ante ellos los terribles ejemplos de la ira de Dios --como lo son la destrucción de Sodoma y de Gomorra, y otros tantos por el estilo-- para que se arrepientan. Permítase, pues que todo cristiano, cuandoquiera esté aterrorizado y afligido, aprenda a poner a un lado la falsa noción que (por susurros de Satanás) tiene respecto de Cristo, y déjesele decir: "Oh, maldito Satanás, ¿por qué disputas conmigo ahora acerca de obras y quehaceres, viéndome aterrorizado y afligido ya por mis pecados? No, viendo que estoy trabajado y cargado, no te escucharé a ti, que eres un acusador y destructor, sino a Cristo, el Salvador de la humanidad, quien dijo que vino al mundo para salvar a los pecadores, para consolar a los que están en terror, angustia y desesperación, y para predicar libertad a los cautivos, & etc. Este es el Cristo verdadero, y no hay más que él." -- *Ibíd*, págs. 469-471.

Bunyan contra Fowler

La brillante luz de la doctrina reformada de la justificación por la fe quedó prontamente eclipsada por la religión moralista. Fue en 1671 (más de cien años después de Lutero) que el obispo John Fowler de Bedfordshire, Inglaterra, escribió un libro de 308 páginas titulado *El Modelo del Cristianismo*. En este libro, que recibiera muy amplia circulación, el obispo Fowler se apartó de la doctrina reformada de la salvación mediante la obra sustitutiva de Cristo y de la justificación por la justicia imputada de Cristo. Por lo menos, todo esto quedó subordinado en aras del gran interés de Fowler en una justicia interna, que --según el dijo-- debía restaurarnos en esta

vida a un estado de perfecta santidad interna. El libro de este obispo tiene un sorprendente parecido con cierto material que se hace circular hoy día entre los adventistas. Cristo, el Modelo, era el punto supremo de Fowler, y si nosotros imitamos a este Modelo --razonaba él-- habríamos de gozar en esta vida la restauración a la santidad adámica. Ese era el evangelio de Fowler.

Cuando el libro de Fowler fue puesto en circulación, Juan Bunyan estaba encarcelado en la cárcel de Bedford. "En una asquerosa mazmorra atestada de reos y libertinos, Juan Bunyan respiró el verdadero ambiente del cielo" (CS 295).

El editor de *Las Obras de Bunyan* dice:

La fama de la grosera perversión de Fowler en su presentación del Evangelio de Cristo llegó hasta Bunyan en la prisión, y la popularidad de ésta agravó su espíritu. A la larga, se le trajo una copia del libro el día 13 de Febrero; y en el casi increíble tiempo de 42 breves días, el día 27 de Marzo, 1671-2. Bunyan había analizado plenamente *El Modelo*, expuesto el sofisma y contestado escrituralmente los crasos errores que abundaban en cada página de esta erudita y sutil pieza de casuística.

Bunyan tituló su contestación: *Una Defensa de la Doctrina de la Justificación por la Fe en Cristo Jesús*, y en un subtítulo, añadió: *O el Pretendido Modelo del Cristianismo del Sr. Fowler, Probado Ser Nada Más Que Pisotear Bajo los Pies la Sangre del Hijo de Dios; y Hacer un Ídolo de la Justicia del Hombre*. En un subtítulo ulterior, Bunyan acusó a Fowler de caer en un mismo plano "con los Cuáqueros y Romanistas".

Fowler había reclamado que la encarnación era, por encima de todo, una gran demostración a manera de ejemplo para nosotros. Para usar sus propias palabras: "El Hijo de Dios enseñó a los hombres su deber, por Su propio ejemplo, e hizo por sí mismo lo que requería de ellos; y esto hizo él mismo pisando todo paso del camino, el cual --según él nos ha dicho-- conduce a la vida eterna."

Bunyan no negó que Cristo era nuestro ejemplo, pero sí negó que fuera un ejemplo en Su capacidad aún mayor de Mediador y

Sustituto. En varios puntos agudos y breves, Bunyan expuso la falsedad de la premisa básica de Fowler. Bunyan dijo:

Ahora hemos llegado al punto, a saber; "Que el camino a la vida eterna es, primero que todo, tomar a Cristo como nuestro ejemplo, pisando en Sus pasos:" Y la razón, si es cierta, es de peso; "Porque él ha pisado todo paso antes que nosotros, el cual --según él nos ha dicho-- conduce a la vida eterna".

1. *Todo paso*. Por lo tanto, él fue al cielo por virtud de una justicia imputada. Porque este es uno de nuestros pasos hacia allá.

2. *Todo paso*. Entonces él debía ir allá por fe en Su propia sangre para el perdón de los pecados. Este es otro de nuestros pasos hacia allá.

3. *Todo paso*. Entonces, él debía ir allá por virtud de Su propia intercesión a la diestra de Dios, aún antes de poder llegar allá: Porque este es uno de nuestros pasos hacia allá.

4. *Todo paso*. Entonces, él debía ir a Dios a pedir misericordia por alguna gran maldad que él hubiera cometido. Porque este también es otro de nuestros pasos hacia allá.

Pero, consideremos esto nuevamente de otra forma.

1. *Todo paso*. Entonces, nosotros no podríamos ir al cielo antes de llegar a ser la maldición de Dios. Porque esto él lo fue antes de ir allí.

2. *Todo paso*. Entonces, nosotros deberíamos hacer de nuestro cuerpo y alma primeramente una ofrenda por el pecado de otros. Por cuanto él hizo esto antes de llegar allá.

3. *Todo paso*. Entonces debemos llegar al cielo por causa de nuestra propia justicia. Por cuanto ese fue uno de sus pasos de llegar allá.

¡Oh, señor! ¿Qué ha de hacer aquí vuestra mente gallarda y generosa? De cierto que usted habla de él como de un sacrificio expiatorio para nosotros, pero usted no pone más énfasis en esto que el que pone en el bautismo, o en la cena del Señor; contando aquel con estos, pero como asuntos que en si mismos carecen de gran importancia.

Bunyan concluyó su artículo mostrando cómo la doctrina de Fowler conduce de vuelta directamente a las premisas básicas del romanismo.

La justificación frente a la imitación

En nuestro siglo, el liberalismo ha tratado de remodelar la fe cristiana. La doctrina paulina de sustitución, representación, propiciación, imputación y justificación ha sido degradada, y en

lugar del mensaje apostólico de salvación por la fe en la sangre de Cristo, el liberalismo concibe la salvación mediante la imitación a Jesús. Se hace gran énfasis sobre la humanidad de Cristo. Su divinidad permanece a menudo en el trasfondo. Se dice que la esencia del cristianismo es vivir una buena vida y ser un "cristo" ante el prójimo.

El espíritu del liberalismo no sólo se encuentra en la izquierda religiosa, donde se niega la inspiración de la Biblia; también lo encontramos en la derecha religiosa --y en los lugares más asombrosos. En la derecha toma la forma de un liberalismo piadoso, pero, en esencia, enseña el mismo mensaje del otro liberalismo-- la salvación mediante la imitación de Jesús. Algunas veces viste el atuendo del quietismo: "Permítale a Cristo vivir la vida victoriosa en usted. El nos mostró una vez que esto es posible. Permítale que lo repita--esta vez en usted". Esto suena piadoso, pero es un fraude piadoso porque dirige a la fe lejos del terreno objetivo de la salvación (el obrar y el morir de Cristo) hacia el plano interior del corazón del creyente. La salvación por el desarrollo del carácter (la salvación mediante la imitación) se disfraza hoy en día como si fuera la religión de la Biblia.

En las páginas siguientes, trataremos de ver algunas de las características esenciales de la teología de la imitación, y cómo esta se aparta de la única y santa fe común. Hacemos esto porque estar avisados de antemano significa estar armados de antemano.

El problema establecido

La teología de la imitación está básicamente equivocada en lo que toca a Jesús. Lanza un reto a la fe histórica de la iglesia cristiana en lo que concierne a la **Persona** y a la **obra** de Cristo Jesús. Y esto no es cuestión de poca monta. Lo que está en juego es la confesión más fundamental de la iglesia cristiana acerca de Cristo.

Cualquier trato con la persona de Cristo debe considerar ambas cosas: su divinidad, y su humanidad. La teología de la imitación podría parecer hacer esto. Puede ser que reconozca la divinidad pre-existente de Cristo. Pero un examen cuidadoso mostrará que se desvía de la fe de la iglesia cristiana en dos áreas -en la de la naturaleza divina de Cristo, y en la de Su naturaleza humana.

LA NATURALEZA DIVINA DE JESÚS

Todos los cristianos creen que Cristo era Dios. También creen que Dios se hizo hombre en la Persona de Cristo. Esto también pertenece a la fe cristiana.

Pero no es suficiente decir que "Dios se hizo hombre" y dejarlo así. Juntamente con esta declaración, la iglesia cristiana encontró que siempre debe añadir otra: "Jesús era el Dios-hombre". De otra manera, la sola declaración de que "Dios se hizo hombre" podría dejar la impresión de que Cristo *cambió* Su divinidad por la humanidad, o que *cambió* Su divinidad en humanidad, o que se despojó de Su naturaleza divina. La iglesia cristiana ha confesado unánimemente que en la encarnación, Jesús no dejó de ser lo que era; que él no se despojó de la sustancia o de alguna de las propiedades esenciales de Su naturaleza divina. Cristo no se salió de sí mismo para entrar en otro, sino que él tomó la naturaleza humana en unión con Su naturaleza divina. Elena de White lo expresa así:

Revistió su divinidad con humanidad... ¡Admirable combinación de hombre y Dios!... Como Salvador divino-humano vino para estar a la cabeza de la raza caída, a compartir sus experiencias desde su niñez hasta la virilidad.... Cristo no había cambiado su divinidad por la humanidad; sino que revistió su divinidad con humanidad (EGW 5CB 1101-1102).

B. B. Warfield escribe de Cristo:

Aunque era verdaderamente hombre, él era mucho más que hombre, y Pablo no quiere que sus lectores se imaginen que él se constituyó meramente en hombre. En otras palabras, Pablo no enseña que nuestro Señor fue una vez Dios y que en vez de esto constituyóse en hombre. Pablo enseña que aunque él (Cristo) era Dios, hízose también hombre...

...no se sugiere que al hacerse hombre y sujetarse a la ley, cesara por ello de ser el Hijo de Dios B. B. Warfield, *The Person and Work of Christ*, págs. 41, 45, 54-56.

Por lo general, ésta no es la enseñanza de la teología de la imitación. Al paso que la teología de la imitación enseña que Dios se hizo hombre en Jesús, con frecuencia nada dice acerca de que Jesús retuvo todas las propiedades esenciales de Su Deidad en la encarnación.

Es cierto que Elena G de White dice que Cristo "se despojó de la forma de Dios", y que "por un momento despojó de las glorias de la forma de Dios", pero cuando ella dice esto, también hace muy claro que Jesús retuvo Su Deidad. Notemos:

El apóstol llama nuestra atención hacia el Autor de nuestra salvación. Presenta ante nosotros Sus dos naturalezas -- la divina y la humana... El asumió voluntariamente la naturaleza humana. Fue Su propio acto, por Su propio consentimiento. El vistió Su divinidad con la humanidad. El era Dios a tiempo completo pero no se mostró como tal. El veló las demostraciones de la Deidad que una vez recibieran el homenaje y la admiración del universo de Dios. Mientras estuvo sobre la tierra, él era del todo Dios, pero se despojó a Sí mismo de la forma de Dios, y en su lugar tomó la forma y la figura del hombre. Caminó sobre la tierra como hombre. Por nuestra causa se hizo pobre para que, a través de Su pobreza, fuésemos nosotros hechos ricos. Puso a un lado Su gloria y majestad. El era Dios, pero por un momento rehusó las glorias de la forma de Dios... El llevó los pecados del mundo y soportó la penalidad que se acumuló sobre Su alma divina como una montaña. Entregó Su vida como sacrificio para que el hombre no muriese eternamente. No estando obligado a morir, murió de Su propia y libre voluntad (QD 650).

Pero en la teología de la imitación, el Cristo encarnado no se presenta como el Dios-hombre, sino como el hombre.

La fe cristiana ortodoxa confiesa que Cristo se abstuvo voluntariamente de hacer uso de Sus prerrogativas y poderes divinos para aliviar las necesidades de Su naturaleza humana.

Por lo tanto, así de lejos queda Pablo de insinuar que nuestro Señor puso a un lado Su Deidad al comenzar Su vida sobre la tierra, y más bien asegura que él retuvo Su Deidad a todo lo largo de Su vida en la tierra, durante todo el curso de Su humillación, hasta la muerte misma; ejerciendo siempre conscientemente la abnegación propia, viviendo una vida que por naturaleza no le pertenecía, y que, de

hecho, estaba en directa oposición a la vida que era Suya por naturaleza. Warfield, *op. cit.*, pág. 41.

No sólo el Verbo pre-encarnado era una expresión de la imagen de la Persona de Dios, sino que en Hebreos 1:3 se muestra que el Hijo que habló a nosotros sobre esta tierra era "la misma imagen de Su sustancia (la de Dios)". Jesús en la tierra era "toda la plenitud de la divinidad *corporalmente*" (Col. 2:9).

El Redentor del mundo era igual a Dios. Su autoridad era la de Dios. Declaró que no tenía una existencia separada a la del Padre. La autoridad con que habló y obró milagros era propiamente Suya, sin embargo, nos asegura que él y el Padre son uno (QD 643).

Debido a que Jesús seguía siendo Dios en el más elevado sentido, hizo algunas cosas que nosotros nunca podremos hacer -- cosas que no podríamos tratar de imitar sin incurrir en blasfemia. El perdonó pecados porque tenía poder sobre la tierra para perdonar pecados. Leía los corazones de los hombres, porque "él sabía lo que había en el hombre" (Juan 2:22). Elena G. de White comenta: "...Su naturaleza divina sabía lo que había en el hombre" (5CB 1098 traducción correcta del Inglés). Aunque estaba a gran distancia, él pudo ver a Natanael orando debajo del árbol de higuera. Conocía toda la historia de la vida de Pedro --el pasado, presente y el futuro. En cierto lugar Elena de White dice que Jesús podía recordar lo maligno que había sido Satanás en los atrios celestiales. Por encima de todo lo demás, tenía poder para poner su vida, y poder para volverla a tomar (Juan 10:18).

Cuando la voz del poderoso ángel fue oída junto a la tumba de Cristo, diciendo: "Tu Padre te llama," el Salvador salió de la tumba por la vida que había en él... En Su divinidad, Cristo poseía el poder de quebrar la ligaduras de la muerte (DTG 729).

Es cierto que Jesús no ejerció sus prerrogativas y poderes divinos independientemente de Dios. Cuando Su naturaleza humana estaba bajo prueba, él no usaba Sus gloriosos atributos de omnipotencia y sabiduría para aliviar las necesidades de Su

naturaleza humana.¹ Declinó voluntariamente la prerrogativa de usar estos poderes bajo estas circunstancias. Elena G. White enfatiza bellamente este retraimiento divino por parte de Cristo. Pero la teología de la imitación hace unilateral el énfasis hasta el punto de distorsionar seriamente la fe cristiana. La Sra. de White también pone peso sobre el otro lado de la "paradoja" --a saber, que los poderes, los atributos, la esencia y la sustancia de la Deidad de Cristo, todavía seguían siendo Suyos. La teología de la imitación deja este aspecto de la cristología completamente afuera. Es tanto lo que se inclina del lado de hacer de Cristo un ejemplo "en todo aspecto", que lo presenta como solamente humano en vez de enfocarlo como él es: el Dios-hombre.

Al enfatizar que Cristo es nuestro Ejemplo "en todo aspecto", la teología de la imitación compromete la absoluta singularidad de Jesús. No nos atrevemos a sugerir que Jesús es nuestro Modelo sin hacer cierta observación:

...la Persona de Cristo es absolutamente un factor exclusivo, para el cual no podemos encontrar analogías completas...La Persona del Dios-hombre es única y no tiene paralelo adecuado. Pero en esto consiste Su dignidad y Su gloria. --Augustus Strong, *Systematic Theology*, pág. 693.

La tesis general de la teología de la imitación nos induciría a creer que la unión que existe entre Cristo y el creyente es precisamente igual a la unión que existe entre las dos naturalezas en Cristo. Mientras que, por una parte, podemos decir que hay ciertas similitudes, debemos siempre confesar que la analogía es imperfecta. Cristo y el creyente son dos personas, no una. Cristo fue una persona con dos naturalezas.

¹ "Y no ejerció en favor Suyo poder alguno que no nos sea ofrecido generosamente" (DTG 16). Véase también DTG pág. 302, donde se nos dice que, mientras dormía sobre el bote, él no descansaba confiado "en la posesión de la omnipotencia". Véase, además, MS Tomo 1, págs. 322-324, donde se demuestra que Jesús tenía un poder omnipotente, que usaba en bien de otros, pero no en favor de sí mismo. En este sentido es que se entiende que Su confianza no descansaba "en la posesión de la omnipotencia", así como un hombre rico puede elegir no descansar en sus posesiones.

No se nos llama a ser pequeñas "encarnaciones" semejantes a Jesús. Jesús estaba plenamente consciente de Su Deidad; confesó que era impecable. Podía decir: "¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?" (Juan 8:46). ¿Es él un Modelo para nosotros en esto?

Jesús vivió la ley a la vista del cielo, de los mundos no caídos y de los hombres pecadores. Delante de los ángeles, de los hombres y de los demonios, había pronunciado, sin que nadie se las discutiese palabras que, si hubiesen procedido de cualesquiera otros labios, hubieran sido blasfemia: "Yo lo que a él agrada, hago siempre" (DTG 433).

Si Jesús hubiese puesto a un lado la sustancia y las propiedades esenciales de Su naturaleza divina, las declaraciones siguientes no serían ciertas:

La confusión se acalló. Cesó el ruido del tráfico de los negocios. El silencio se hizo penoso. Un sentimiento de pavor dominó la asamblea. Fue como si hubiese comparecido ante el tribunal de Dios para responder de sus hechos. Mirando a Cristo, todos vieron la divinidad que fulguraba a través del manto de la humanidad. La Majestad del cielo estaba allí como el Juez que se presentará en el día final, y aunque no la rodeaba esa gloria que la acompañará entonces, tenía el mismo poder de leer el alma. Sus ojos recorrían toda la multitud, posándose en cada uno de los presentes. Su Persona parecía elevarse sobre todos con imponente dignidad, y una luz divina iluminaba Su rostro (DTG 131).

De nuevo la mirada penetrante de Jesús recorrió los profanados atrios del templo. Todos los ojos se fijaron en él. Los sacerdotes y gobernantes, los fariseos y gentiles, miraron con asombro y temor reverente al que estaba delante de ellos con la majestad del Rey del cielo. La divinidad fulguraba a través de la humanidad, invistiendo a Cristo con una dignidad y gloria que nunca antes había manifestado. Los que estaban más cerca se alejaron de él tanto como el gentío se lo permitía. Exceptuando a unos pocos discípulos suyos, el Salvador quedó sólo. (DTG 541-542).

¿Podemos nosotros perdonar pecados, leer los corazones de los hombres, o saber lo que hay en el hombre? ¿Es sólo nuestra falta de fe lo que impide que la divinidad fulgure a través de nuestra humanidad? ¿Tenemos poder para deponer nuestra vida y volverla a tomar? Queda claro que Jesús hizo ciertas cosas que a nosotros no se nos llama a imitar.

En la historia de la iglesia siempre han existido dos grandes herejías tocante a la doctrina de la Persona de Cristo. Una compromete la divinidad de Cristo en la encarnación, y la otra compromete Su humanidad en la encarnación. La teología de la imitación empuja tanto el tema del *ejemplo*, que compromete la divinidad de Cristo. En esta teología, Cristo aparece como sólo hombre; cierto, como un hombre sin pecado --que debe ser admirado y copiado-- pero, como sólo hombre. Esta herejía parece enseñar que Jesús participaba de la naturaleza divina mediante el Espíritu Santo idénticamente como nosotros. Pero eso no habría de constituirle más en Dios que lo que nos constituiría a nosotros.² La Persona de Cristo no sólo participó de la naturaleza divina mediante el Espíritu Santo, ya que la Persona de Cristo era esencialmente divina. En esencia, la divinidad era Suya y no podía dejar de ser Dios.

Sugerimos que la siguiente advertencia se aplica muy bien al caso:

...que cada ser humano permanezca en guardia para que no haga a Cristo completamente humano, como uno de nosotros, porque esto no puede ser... Percibo que hay peligro en tratar temas que se refieren a la humanidad del Hijo del Dios infinito (EGW 5CB 1103).

Pero aunque la gloria divina de Cristo estuvo por un tiempo velada y eclipsada porque él asumió la naturaleza humana, sin embargo no cesó de ser Dios cuando se hizo hombre. Lo humano no tomó el lugar de lo divino, ni lo divino de lo humano (*Ibid*).

La teología de la imitación resucita una vieja herejía en no presentar las dos naturalezas separadas y distintas que hallaron su unión en el Jesús terrenal.

Consecuencias de la teología de la imitación

1. Niega la fuerza de las tentaciones de Cristo.

La teología de la imitación quiere impresionar nuestros corazones con la realidad de las tentaciones de Cristo. Pero

² La humanidad de Jesús participó de la naturaleza divina mediante el Espíritu Santo, pero eso no deificó a Su humanidad.

necesitamos comprender que las mayores y más severas tentaciones que Cristo sufrió procedían del hecho de ser él poseedor de la sabiduría y omnipotencia. No era tentación para los ladrones que se los retara a descender de la cruz porque ellos no tenían en sí mismos el poder de hacer esto. ¡Pero sí lo era para Cristo! Para nosotros no sería una tentación que se nos mandase a convertir piedras en pan, ya que no poseemos la omnipotencia. ¡Pero sí lo era para Cristo! Notemos:

Le era difícil mantenerse al nivel de la humanidad, como lo es para los hombres levantarse por encima del bajo nivel de su naturaleza depravada y ser participantes de la naturaleza divina (EGW 7CB 941).

Nunca podremos ser tentados tan severamente como lo fue Jesús, por cuanto no podemos usar los poderes de la Deidad en nuestro favor. Cuando comprendemos que Jesús era completamente Dios y que poseía todo poder, y a pesar de ello constante y conscientemente no hacía uso del mismo para beneficio propio, Su humildad luce más maravillosa ante nosotros. Tenemos aquí un despliegue constante de humillación infinita. Se nos llama a copiar el modelo, pero nunca podemos igualarlo.

No podemos igualar al Patrón...(2" T "549).

No podemos igualar al Modelo...(2" T "628).

Si Jesús hubiese sido completamente humano, tal como nosotros lo somos, no habría experimentado tal intensidad de tentación.

2. Niega los sufrimientos infinitos de Cristo.

De ser Cristo el hombre que presenta la teología de la imitación, no habría modo alguno de que hubiera pasado por sufrimiento infinito. La naturaleza humana es sólo finita y sólo puede soportar sufrimientos finitos.

Ningún dolor puede compararse de manera alguna con el dolor de Aquel sobre quien cayó la ira de Dios con fuerza abrumadora. La naturaleza humana sólo puede soportar hasta cierto límite la prueba y la aflicción; el hombre finito sólo puede llevar sobre sí una medida limitada de sufrimientos, y la naturaleza humana sucumbe. Pero la naturaleza de Cristo tenía una capacidad mayor para sufrir, pues lo humano

existía dentro de la naturaleza divina, y así se creaba una capacidad para sufrir y soportar el resultado de los pecados de un mundo perdido (EGW 5CB 1078).

La suficiencia infinita de Cristo queda demostrada porque llevó los pecados de todo el mundo (EGW 7CB 933).

El divino Hijo de Dios fue el único sacrificio de valor suficiente para satisfacer completamente las demandas de la perfecta ley de Dios. Los ángeles estaban sin pecado, pero de menos valor que la ley de Dios. Ellos tuvieron la responsabilidad de rendir obediencia a la ley. Eran mensajeros para hacer la voluntad de Cristo, y ante él doblar rodilla. Eran seres creados, y bajo prueba. Sobre Cristo no descansaba ningún deber. Poseía poder para poner su vida y para volverla a tomar. Ninguna obligación fue puesta sobre él para efectuar la obra de expiación. Fue un sacrificio voluntario que él hizo. Su vida fue de valor suficiente para rescatar al hombre de su condición caída (QD 677).

No había hombre en la tierra ni ángel en el cielo que pudiera haber pagado el castigo de los pecados. Jesús era el único que podía salvar al hombre rebelde. En él se combinaban la divinidad y la humanidad, y eso fue lo que dio eficiencia a la ofrenda en la cruz del Calvario (1MS 379).

Nadie menos santo que el Unigénito del Padre podría haber ofrecido un sacrificio que fuera eficaz para limpiar a todos los que acepten al Salvador como a su expiación --aun a los más pecadores y degradados-- y se hagan obedientes a la ley del Cielo. Nada menos que eso podía haber restaurado al hombre al favor de Dios (1MS 363).

¡Qué cosa terrible es comprometer a perder de vista la divinidad del Cristo encarnado! No de balde Elena G. de White dice que necesitamos tener una visión mucho más exaltada respecto de la Persona de Cristo. Y ¡oh! ¡El valor, el infinito valor de la sangre de Jesús! Esta tiene valor para con Dios. Cuando él la ve, pasa sobre nosotros sin destruirnos. Los apóstoles predicaron de la sangre de Cristo. El libro del Apocalipsis celebra sus propiedades salvadoras.

En la teología de la imitación, los hombres no se glorian en la sangre de Cristo ni en los méritos de la expiación. A esta antigua fe en la sangre de Cristo se la ha denominado "gracia barata". ¡Oh! ¡cómo podremos decir tal cosa cuando el mismo Dios se inclina en reverencia delante de la cruz!

Jesús es un Modelo para nosotros en muchas cosas, pero cuando llegamos al terreno del infinito sufrimiento del Getsemaní y de la cruz, él no nos muestra allí lo que es capaz de soportar nuestra

naturaleza humana. La naturaleza finita no puede soportar lo infinito. Ningún ángel o criatura humana, en lo absoluto, puede soportar lo que Cristo soportó. A medida que Cristo se acercaba al jardín, debía dejar a Sus discípulos y seguir sólo adelante. Ellos podían seguirle hasta donde él los dejó, no más allá. El inigualable Dios-hombre había de hollar sólo el lagar.

Colgando sobre la cruz, Jesús sigue siendo nuestro ejemplo, pero aquí debemos ver que se trata de un ejemplo infinito. De nosotros se requiere copiarlo. Nos insta siempre a seguir hacia adelante mientras permanece por encima y más allá de nosotros; y nos llama, diciendo: "Más santo aún", "Más santo aún". Gracias a Dios porque este Ejemplo infinito es también nuestra expiación, delante de la cual sólo podemos maravillarnos y adorar. Existe en la religión cristiana una verdad esencial y distinto acerca de Jesús, que va más allá de que él sea nuestro Ejemplo. Esto no niega que el ejemplo tenga su lugar. Lo que queremos significar es que no tiene el lugar primario en el mensaje cristiano.

Nuestra queja no es que la teología de la imitación exalte demasiado el ejemplo de Jesús. El problema real es que reduce Su ejemplo al tamaño nuestro. Recordemos que los fariseos se imaginaban que estaban exaltando y honrando la ley, cuando solamente la rebajaban a su propio tamaño. El legalismo siempre trabaja de esa manera.

El artículo de la Sra. White titulado "Cristo, el Ejemplo del Hombre", publicado en la *Review and Herald* del 5 de julio de 1887, se convierte en una exposición de la expiación de Cristo que deja sin aliento al alma. En este artículo, la escritora muestra que nuestro patrón es la expiación --algo tan infinitamente grande y final que Dios mismo no puede repetirlo. Si Cristo no trasciende lo que nosotros podemos llegar a ser y hacer, se habrá perdido entonces la exclusividad de Cristo, y, por ende, no quedaría distinción real entre el Creador y la criatura.

El Jesús de la teología de la imitación no parece ser otra cosa que un hombre lleno del Espíritu Santo, igual al hombre que el creyente es llamado a ser. La unión de lo divino y de lo humano que existe en él es presentada como de la misma clase de unión entre lo divino y lo humano que hay en el creyente. Esto es lo que en

teología histórica se conoce como la herejía "kenótica". Tanto Berkhof como Strong señalan que el fin lógico, al cual conduce esta teología, es el panteísmo (Véase "Systematic Theology" de Strong, pág. 688 y "Systematic Theology" de Berkhoff, pág. 328). Esta es una teología que borra la distinción entre el Creador y la criatura.

La teología de la imitación es una herejía antigua que compromete a la singular impecabilidad de Jesús. En su tendencia de hacerle a él completamente humano, borra la distinción que debería preservarse entre el Cristo infinito y la criatura finita.

Los que no quieren aprender de los errores de la historia, están condenados a repetirlos. Los historiadores teológicos señalan que lo que enseña la teología de la imitación, tanto en el aspecto de la divinidad como en el de la humanidad de Cristo, conduce hasta el panteísmo. Elena G. de White declaró que los errores que fueron desarrollados por adventistas prominentes y sostenidos (ciegamente, por supuesto) por no pocos hombres dirigentes en el comienzo de este siglo, culminarían en el rechazo de toda la economía cristiana.

LA NATURALEZA HUMANA DE JESÚS

La Iglesia cristiana y la línea devota de sus mejores maestros siempre han confesado dos cosas acerca de la naturaleza humana de Cristo: (1) Que él fue concebido por el Espíritu Santo, y, (2) que nació de la virgen María. Esto no significa que la Persona de Cristo recibió su naturaleza divina del Espíritu Santo y su naturaleza humana, de María. Así lo declaraba una antigua edición de *Bible Readings*. Cristo era esencialmente divino y no recibió su naturaleza divina del Espíritu Santo. Lo que el Espíritu Santo engendró, y la virgen María concibió, fue la naturaleza humana de Cristo.

Ambas verdades (y sus consecuencias) deben enseñarse. De otro modo caeríamos en una seria distorsión de la verdad. Que la humanidad de Cristo fue concebida del Espíritu Santo significa que Su naturaleza humana era santa y sin mancha alguna de pecado. Que Su naturaleza humana naciera de una mujer significa que él tomó posesión real de la sustancia, y de todas las propiedades, esenciales de la naturaleza humana. Significa, además, que la naturaleza

humana de Cristo poseía la *sustancia* de la naturaleza humana como quedó *después* de la caída --con los efectos del pecado sobre ella.

Han habido algunos que han enfatizado de tal forma el elemento de la concepción milagrosa de Cristo por el Espíritu Santo que la humanidad real de la naturaleza humana de Jesús no ha sido presentada adecuadamente.

También han habido otros que han caído del otro lado del camino. Han enfatizado tanto la semejanza de Cristo a nosotros en Su naturaleza humana que no le han hecho justicia al significado de su Concepción por el Espíritu Santo. Este es el error de la teología de la imitación. Ha de culpársela más por lo que no dice que por lo que dice. Los que saben qué es lo que se enseña entre nosotros, entenderán que los defensores de la teología de la imitación creen que Cristo poseyó realmente una naturaleza humana pecaminosa. Todo lo que contiene la teología de la imitación hace peso del lado de "la naturaleza pecaminosa de Cristo". Este concepto es crucial para poder sostener su tesis de que Jesús debe ser nuestro Ejemplo "en todo aspecto".

Todos nosotros, especialmente los que nos ocupamos de la teología, nos beneficiaríamos al considerar estas palabras de William Lincoln, citadas por el Dr. Strong:

"El único camino para el creyente, si es que quiere andar rectamente, es recordar que la verdad tiene siempre dos lados. Si hay alguna verdad que el Espíritu Santo ha impresionado especialmente sobre vuestro corazón, si no desea usted llevarla hasta el extremo, pregúntese cuál es su contraparte, y haga un poco de peso de este lado de la verdad. De otra manera, si usted empuja demasiado de un lado de la verdad, existe el peligro de empujarlo hasta la herejía. Herejía significa verdad entresacada; no significa error. La herejía y el error son dos cosas muy diferentes. La herejía es verdad, pero una verdad empujada hasta una importancia indebida, hasta la detracción del otro lado de la verdad". Herejía (*hairesis*) = acto de escoger; escoger y seleccionar una parte de la verdad en vez de abrazarla comprensivamente en su totalidad. --Strong, *op. cit.*, pág. 800.

Algunos seleccionan las citas de la Sra. White que enfatizan el significado de que Cristo naciera de una mujer. No hay duda de que ella enseña que Cristo poseyó la sustancia y la esencia de la naturaleza humana como llegó a ser después de la caída. (Eso, por supuesto, no es un énfasis peculiar de ella. Todos los mejores

maestros en la historia de la iglesia han afirmado esto.) Pero así como hacen los defensores de la teología de la imitación cuando tratan acerca de la **divinidad** de Cristo, aquéllos sólo presentan un aspecto de la verdad cuando tratan acerca de la **humanidad** de Cristo. Dado que presentan sólo un aspecto de la verdad, esto se convierte en distorsión. He aquí otras declaraciones --declaraciones que muestran la consecuencia de que Cristo fuese concebido por el Espíritu Santo-- y nos gustaría saber por qué todas ellas quedan evadidas en la teología de la imitación:

El nació sin mancha de pecado...(QD 657).

...pero ningún vestigio de pecado mancilló la imagen de Dios en él (DTG 52).

El es un Hermano en nuestras flaquezas, pero no poseyendo las mismas pasiones. Como el impecable, Su naturaleza se retraía del mal (2" T" 292).

No debemos tener dudas en cuanto a la perfección impecable de la naturaleza humana de Cristo...Este santo Sustituto puede salvar hasta lo ultimo...(MS tomo 1, 300).

Sed cuidadosos, sumamente cuidadosos en la forma en que ocupaís de la naturaleza (humana --Inglés original) de Cristo. No lo presentéis ante la gente como un hombre con tendencias al pecado. ...pero en ningún momento hubo en él tendencia alguna al mal (5CB 1102).

Nunca dejéis, en forma alguna, la más leve impresión en las mentes humanas de que una mancha de corrupción o una inclinación hacia ella descansó sobre Cristo... (5CB 1103).

Y para que Jesús pudiera ser nuestro Representante (esto es, para que pudiera ocupar el lugar de Adán), la naturaleza humana de Cristo debía estar tan limpia de pecado como la del mismo Adán:

A Cristo se lo llama el segundo Adán. En pureza y santidad, conectado con Dios y amado de Dios, él comenzó donde el primer Adán empezó (QD 650).

El venció a Satanás en la misma naturaleza sobre la cual Satanás obtuvo la victoria en el Edén (QD 651).

Cristo vino a la tierra tomando la humanidad y presentándose como representante del hombre para mostrar que, en el conflicto con Satanás, el hombre tal como Dios lo creó, unido con el Padre y el Hijo, podía obedecer todos los requerimientos divinos (MS tomo 1, 297).

El había de tomar Su posición a la cabeza de la humanidad, tomando la naturaleza pero no la pecaminosidad del hombre (QD 651).

El es el segundo Adán. El primer Adán fue creado como un ser puro y sin pecado, sin una mancha de pecado sobre él; era la imagen de Dios. Podía caer, y cayó por la transgresión. Por causa del pecado su posteridad nació con tendencias inherentes a la desobediencia. Pero Jesucristo era el unigénito Hijo de Dios. Tomó sobre sí la naturaleza humana, y fue tentado en todos sentido como es tentada la naturaleza humana. Podría haber pecado; podría haber caído, pero en ningún momento hubo en él tendencia alguna al mal (EGW 5CB 1102).

Podrían citarse muchas más declaraciones de la misma clase, declaraciones que no aparecen en la teología de la imitación. Resulta bastante obvio que estos argumentos destruyen su tesis. No deseamos perpetuar una guerra teológica donde cada una de las partes emplea notas de una sola clase. La verdad debe incluir ambas clases. Necesitamos enseñar que la naturaleza humana de Cristo era excepcional en su concepción por Espíritu Santo, con todo lo que esto implica. Y necesitamos enseñar que Jesús nació de la virgen María, de su sustancia (después de la caída), con todo lo que esto implica.

En lo que toca a las propiedades esenciales de la naturaleza humana, la de Cristo era igual a la nuestra "en todo" (Heb. 2:17). Pero no podemos dejar el asunto allí sin decir algo más. La inspiración nos dice algo más, y tener la mitad de la figura es tener una figura falsa. Por otra parte, la naturaleza humana de Cristo era muy diferente a la nuestra. Nosotros somos concebidos en pecado; somos nacidos de la carne; estamos enemistados contra Dios y somos, por naturaleza, hijos de ira; en armonía y no en diferencia con Satanás (Sal. 51:5;58:3; Juan 3:4,6; Efe, 2:2-3; CS 559). Venimos sucios al mundo, sin lavar, inmundos, contaminados (Eze. 16:1-16). Necesitamos ser lavados. Ni un infante puede salvarse a menos que sea lavado por la sangre de Cristo. Necesitamos renacer. Aún los mismos creyentes no están completamente libres del pecado (1 Juan 1:8). Deben lamentarse por su pecado interno (Rom. 7:14-

25), y confesar siempre la pecaminosidad de su naturaleza (HA 448). ¿Podrían decirse estas cosas de Cristo? ¿Fue él concebido en pecado como nosotros? ¿Necesitaba él renacer? ¿Necesitaba confesar la "pecaminosidad de Su naturaleza y pedir perdón? ¡Por supuesto que no!

La teología de la imitación está justamente en lo cierto al insistir en que Cristo era un hombre "verdadero", un hombre "real", etc. ese es precisamente el punto --que ninguno de nosotros es un hombre *verdadero*. Por causa del pecado, nuestra condición es preternatural (véase 8"T"291). Esto significa que el pecado nos ha despojado de nuestra verdadera humanidad. Todos somos menos que hombres verdaderos porque somos pecadores. Han habido sólo dos especímenes de la verdadera humanidad en la historia de la raza -- Adán y Jesús. Los mejores eruditos de la iglesia cristiana (y EGW) están de acuerdo que *el pecado no es una propiedad esencial de la naturaleza humana*. Nosotros poseemos algo que nos constituye en menos que humanos. Cristo no tenía pecado interno, como es el caso de todo el que es nacido del hombre. Es decir, Cristo tomó la sustancia de la naturaleza humana como estaba *afectada* por el pecado, pero ésta no estaba *infectada* por el pecado.

Si Jesús hubiese poseído nuestra naturaleza pecaminosa, no hubiese sido un hombre verdadero. No habría podido ser aceptado como el Representante del hombre, ya que la ley demanda una naturaleza santa así como demanda acciones santas. Un "cristo" con una naturaleza pecaminosa habría sido condenado por la ley y repudiable a la vista de un Dios puro y santo. Los que dicen que la ley no demanda una naturaleza santa y sin pecado, han reducido el pecado a un acto, y se ven obligados a negar que este es tanto un *estado* como un *acto*. Pero su argumento dice demasiado mucho. Si la ley de Dios no condena ni maldice a una naturaleza pecaminosa, ¿por qué llamarle "pecaminosa"? Llamar "pecaminosa" a cualquier cosa que no sea contraria a la ley de Dios, es ponerle un nombre falso. Pablo dijo: "Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás." Rom. 7:7.

Consecuencias de la teología de la imitación

1. Destruye la comunión de la naturaleza con la persona.

Existe la necesidad de traer a discusión lo que la verdadera cristología de Calcedonia llama comunión de las dos naturalezas de Cristo con Su Persona. Esto significa que lo que se diga de cualquiera de las dos naturalezas de Cristo puede decirse de Su Persona. Por ejemplo, la naturaleza divina de Cristo era inmortal. Por lo tanto, es correcto decir: "El era inmortal." La naturaleza humana de Cristo era mortal. Por lo mismo, resulta correcto decir que "él era mortal". Su naturaleza humana sufrió hambre, debilidad, y sed. Así que es correcto decir que "él tuvo hambre, cansancio, y sed". *Lo que es verdad respecto de la naturaleza, lo es tocante a la Persona.* Este es un principio que no puede contradecirse, porque existe necesariamente una comunión entre las naturalezas y la Persona. Si la naturaleza humana de Cristo era pecaminosa, entonces, tendría que decirse que "él era pecaminoso". Nos alegramos que los proponentes de la teología de la imitación no deriven esta conclusión --pero si quieren ser consistente, tendrán que hacerlo. El principio es igualmente cierto cuando se aplica a los santos. Mientras posean la naturaleza pecaminosa, son pecadores. Lo que es verdad respecto de la naturaleza, lo es también tocante a la persona.

2. Es la base del perfeccionismo.

La doctrina de una naturaleza pecaminosa en Cristo es la base del *perfeccionismo*. Seleccionando ciertas notas respecto de copiar a Jesús y reflejar Su imagen, se promueve hoy día dentro del Adventismo un concepto distorsionado de lo que Elena de White enseña. Es un concepto que puede mantener cierta apariencia de plausibilidad sólo cuando cierto tipo de declaraciones queda marginado --como por ejemplo:

El es ejemplo perfecto y santo, dado a nosotros para imitarle. No podemos igualar el Patrón; pero no seremos aprobados por Dios si no lo copiamos y, de acuerdo con la habilidad que Dios nos ha dado, busquemos asemejarnos a él (2" T" 549).

Hasta que este cuerpo vil sea cambiado y formado a la semejanza de Su cuerpo glorioso, no podemos decir: "Estoy sin pecado" (ST, Marzo 23, 1888).

Los que en verdad tratan de perfeccionar un carácter cristiano nunca acariciarán el pensamiento de que no tienen pecado. Su vida puede ser irreprochable, pueden ser representantes vivos de la verdad que han aceptado; pero cuanto más disciplinen su mente para espaciarse en el carácter de Cristo, y cuanto más se acerquen a la divina imagen del Salvador, tanto más claramente discernirán la impecable perfección de Jesús, y más hondamente sentirán sus propios defectos (EC 5-6).

Pero el que está buscando verdaderamente la santidad del corazón y la vida, se deleita en la ley de dios, y se lamenta únicamente de que esté tan lejos de cumplir sus requerimientos (EC 81).

Mientras reine Satanás, tendremos que dominarnos a nosotros mismos y vencer los pecados que nos rodean; mientras dure la vida, no habrá un momento de descanso, un lugar al cual podamos llegar y decir: "Alcancé plenamente el blanco". La santificación es el resultado de la obediencia prestada durante toda la vida.

Ningún apóstol o profeta pretendió haber vivido sin pecado. Hombres que han vivido lo más cerca de Dios, hombres que sacrificaron sus vidas antes que cometer a sabiendas un acto pecaminoso, hombres a quienes Dios honró con luz divina y poder, confesaron su naturaleza pecaminosa. No pusieron su confianza en la carne, no pretendieron poseer una justicia propia, sino que confiaron completamente en la justicia de Cristo (HA 448).

Pero lo que Dios requería de Adán en el Paraíso antes de la caída, es lo que requiere en esta época del mundo de los que quieren seguirle --perfecta obediencia a Su ley. Pero una justicia sin mácula puede obtenerse únicamente a través de la justicia imputada de Cristo (RH, Septiembre 3, 1901).

A los santos que saludan a Jesús en Su advenimiento, se los describe como sigue:

En aquel día, Cristo será el Juez. Toda cosa secreta quedará expuesta a la luz de la faz de Dios. ¡Qué contraste habrá entonces entre aquéllos que han rechazado a Cristo y los que le han recibido como Salvador personal! Entonces los pecadores verán sus pecados sin sombra que los cubra o atenúe su carácter odioso. Tan aterradora será la escena que desearán estar escondidos debajo de las montañas o en las profundidades del océano, si tan sólo pudieran escapar de la ira del Cordero. Pero aquéllos cuya vida esté escondida con Cristo en Dios, pueden decir: "Creo en Aquel que fue condenado en el tribunal de Pilato, y entregado a los sacerdotes y gobernantes para ser crucificado. No me miréis a mí, un pecador, sino mirad a mi Abogado. No hay en mí cosa alguna digna del amor que él ha manifestado por mi;

pero él dio su vida por mí. Miradme en Jesús. El se hizo pecado por mí, para que yo fuese hecho justicia de Dios en él" (YI, Mayo 31, 1900).

Necesitamos tener visiones más exaltadas de Cristo. Más exaltadas que las que se pueden obtener del intoxicado sueño de querer duplicar Su impecabilidad aquí y ahora. La teología de la imitación pone a brillar la gloria de Dios desde adentro y a través de los santos que vivirán en los días finales de la historia así como brillaba en Cristo Jesús. *Según esta teología, las vidas resplandecientes de los santos se convierten en el mensaje, en el "evangelio". Pero éste no es más que "otro evangelio".*

Necesitamos que se nos recuerde la cautela de William Lincoln. La herejía es verdad llevada hasta un extremo en que se convierte en distorsión. El concepto de que la gloria de Dios ha de revelarse en los caracteres transformados de Su pueblo es una verdad importante que no nos atrevemos perder de vista sin pena de que la correcta relación que existe entre la doctrina, y la experiencia cristiana sufra gran daño. Pero cuando se empuja esta verdad hasta el punto de hacer desaparecer cualquier diferencia real entre la gloria revelada en la vida de Cristo y la que se revela en la vida de los santos, y se dice que cualquiera de las glorias es el Evangelio, nada nos resta sino el desastre inminente. Sólo Jesús es la imagen expresa de Dios (véase PP 25).

3. Nos conduce hasta el panteísmo.

De acuerdo con lo que dice A.H. Strong en su *"Systematic Theology"*, la doctrina de una naturaleza pecaminosa en Cristo nos aparta de la verdad de la salvación por imputación, por representación y por sustitución, y nos conduce hasta el panteísmo (véase págs. 746-747). Las advertencias de Strong han probado ser verdaderas tanto en el caso de Waggoner como en el de Jones, quienes juntamente con el Dr. Kellogg desarrollaron lo que Elena White denominó como "el alfa de las herejías mortales" al comienzo mismo del siglo presente.

4. Disminuye la fuerza de las tentaciones de Cristo.

Algunos desean ver a Cristo como uno que poseía las inclinaciones pecaminosas de ellos. Se imaginan que si Cristo

hubiera tenido tales propensiones pecaminosas, habría sentido la fuerza total de la tentación. Pero yerran al no entender la psicología de la tentación. Un ser con naturaleza pecaminosa nunca podría sentir la fuerza *total* de la tentación, porque su naturaleza pecaminosa no tendría la capacidad de odio y resistencia hacia el pecado que posee una naturaleza impecable. El que se entrega al pecado lo hace antes de sentir la tensión final que éste ejerce. La tal persona no llega a conocer la fuerza de la tentación en su totalidad. Fue la impecabilidad de la naturaleza de Jesús lo que le calificó para conocer la fuerza de la tentación como nosotros nunca la conoceremos. Notemos:

Ojalá pudiéramos comprender el significado de las palabras, Cristo "padeció siendo tentado". Aunque es cierto que estaba libre de la mancha del pecado, la refinada sensibilidad de su naturaleza santa hacía que el contacto con el pecado fuera indeciblemente penoso para él (EGW 7CB 939).

El sufrimiento de Cristo estaba en proporción con Su pureza inmaculada; la profundidad de Su agonía, proporcional a la dignidad y grandeza de Su carácter (QD 677).

... sintió más intensamente los sufrimientos, pues su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado (EGW 5CB 1079).

"El...sufrió siendo tentado"; sufrió en proporción a la perfección de Su santidad (QD 654).

Cristo no era insensible a la ignominia ni a la desgracia. Todo lo sentía más amargamente. Las sintió más profunda y agudamente que lo que nosotros podemos sentir las cuando las sufrimos, tanto más cuanto más exaltada, pura y santa era Su naturaleza sobre los de la raza pecaminosa, por quienes él sufrió (TIMKH 339).

Nótese que los sufrimientos de Cristo no eran proporcionales a Su identificación con nuestra depravación, sino todo lo contrario. Porque Su naturaleza era sin pecado, Cristo sintió las tentaciones más agudamente y en la misma intensidad las resistía. El que resiste poco, sufre poco. Si la santidad de Cristo era infinita, ello significa que Sus sufrimientos eran infinitos. El pensamiento es abrumador, pero es verdad devastadora.

LA OBRA DE CRISTO

La Persona y la obra de Cristo están inseparablemente vinculadas. Lo que uno enseña acerca de la Persona de Cristo siempre se refleja en lo que uno enseña acerca de la obra de Cristo.

Porque los escritores del Nuevo Testamento tenían conceptos exaltados respecto de la Persona de Cristo, tenían también conceptos exaltados acerca de Su obra. No hay duda alguna que el Evangelio que ellos predicaron se centralizaba sobre el mensaje de Cristo, el divino Sustituto, que redimió y reconcilió al mundo para con Dios mediante Su vida sin pecado y Su muerte en la cruz. Cristo satisfizo la justicia a favor nuestro. Como Sustituto, Representante y Mediador nuestro, hizo propiciación a la ira de Dios, hizo completa satisfacción a las demandas de la ley, y le hizo a Dios posible que justificara y diera vida eterna a todo pecador arrepentido y creyente.

Pedro no se levantó en el Pentecostés para presentar en el poder del Espíritu un "evangelio" del ejemplo de Cristo. Cuando fue a casa de Cornelio y predicó con demostración del Espíritu, su Evangelio no consistió en presentar a Cristo como nuestro ejemplo. Los breves resúmenes de los discursos del apóstol están registrados en el libro de los Hechos. Su mensaje se centralizó en la muerte y resurrección sustitutivas de Jesús.

El Evangelio de Pablo es acerca de la obra sustitutiva de Cristo. En Romanos 3-5 echemos un vistazo a sus palabras claves: "redención", "propiciación", "reconciliación", "sangre", "imputar", "justificación", "salvados de la ira", etc. Después que Pablo presenta el Evangelio, dirige al creyente una apelación para que viva una vida santa; y es en este contexto que introduce a Cristo como nuestro Ejemplo (véase Rom. 15:2-3). Pero sería ridículo sugerir que Pablo ve la expiación primordialmente en términos de un ejemplo. Cuando él se gloria en la cruz de Cristo y exalta los méritos de la sangre, está tratando con la obra sustitutiva de Cristo.

Echarle un vistazo al Antiguo Testamento podría, tal vez, ayudarnos también. El servicio del santuario era un panorama del Evangelio. ¿Cuáles eran las lecciones más importantes que enseñaba el antiguo ritual? Primeramente que, "se aceptaba un sustituto en lugar del pecador" (véase CS 461-475). El sacerdote actuaba como

el representante del pecador arrepentido. Y sólo por sangre e incienso (los méritos imputados) podíase acercarse a Dios. Con toda seguridad, queda claro que el punto central de este ritual lo constituían los aspectos sustitutivos, mediatoriales e intercesorios de la salvación. No era sólo un servicio *ejemplificador*. Si este aspecto se enseña en el servicio del santuario, lo es sólo en el trasfondo.

Y, ¿qué acerca del mensaje cristiano expuesto por la línea de maestros piadosos que han surgido en toda la historia de la iglesia cristiana? A una sola voz, nos dicen que el Evangelio trata de la expiación vicaria de Cristo. El punto principal del Evangelio es la salvación gratuita de Dios mediante el divino Sustituto, que murió en la cruz para satisfacer la demandas de una ley quebrantada.

La verdad de la obra gloriosa de Cristo, de Su obediencia vicaria en vida y muerte, descansa sobre las glorias de Su Persona. Si él no poseía inherentemente una naturaleza divina, y si Su naturaleza humana no era del todo impecable, Su vida de justicia habría sido insuficiente y no se habría podido imputar para salvación de otros. Su sangre no habría sido eternamente eficaz para salvar a todos los que creen en él. Jesús sería nada más que un hombre modelo que nos demostró cómo vivir una buena vida y lograr alcanzar el cielo. Pero esto sería entregar las características distintivas del mensaje cristiano.

En la teología de la imitación, la distorsión de la **obra** de Cristo es el resultado inevitable de sus conceptos acerca de la **persona** de Cristo. Una y otra vez, en la historia de la iglesia, se ha probado que los que toman el punto de vista de la teología de la imitación tocante a la **persona** de Cristo, no ven verdadero valor real en Su **obra** sustitutiva. Por otro lado, enseñan que la expiación de Cristo consistía en una demostración divina, en una influencia moral, en un maravilloso modelo para que nosotros lo siguiésemos. Con mucha aptitud, comenta el Dr. Strong: "Sobre esta teoría (la de la persona de Cristo, que se expone en la teología de la imitación) sólo se puede sostener una expiación exhibicionista" -- A.H. Strong, "*Systematic Theology*", pág. 688.

Se puede buscar en la teología de la imitación y no encontrar traza alguna del mensaje ortodoxo cristiano de la obra sustitutiva de Cristo. No podría argüirse con éxito que es que ella toma esta

verdad como algo que se da por sentado, y que lo que hace es simplemente enfatizar otro aspecto (descuidado) de la obra de Cristo. No hay evidencia alguna de que éste sea su enfoque. No, antes bien entra en conflicto con la fe cristiana ortodoxa. Reclama haber llegado a la misma esencia de lo que constituye en sí la obra de Cristo. Lo que presenta no es nada nuevo; es la antigua "teoría de la influencia moral" de un sacrificio ejemplarizador que está destituido de los méritos salvadores de Cristo Jesús. Es un "cristianismo" sin sangre. Es la religión natural de liberalismo, que reduce el cristianismo a nada mejor que vivir una buena vida y ser un buen prójimo. Elena G. de White dice:

Debemos llegar a ser exponentes de la eficacia de la sangre de Cristo, por la cual nuestros pecados han sido perdonados (QD 663).

Jamás debiera presentarse discurso alguno sin presentar a Cristo y a éste crucificado como el fundamento del Evangelio (QD 663).

Nunca debería predicarse un sermón, o darse instrucción bíblica en cualquier respecto, sin señalar ante los que escuchan, hacia "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (QD 662).

De haber Jesús abandonado y puesto a un lado Su naturaleza divina, Su sacrificio no habría sido divino, sino solamente humano. Un sacrificio humano no puede hacer propiciación por el pecado. De hecho, la idea de ofrecer un sacrificio humano para propiciar la ira de dios es una idea pagana. ¿Será acaso por esto que algunos rechazan la doctrina ortodoxa cristiana del sacrificio propiciatorio de Cristo Jesús? Algunos están diciendo que la muerte de Jesús fue sólo una exhibición dada para aplacar la ira del hombre hacia Dios (lo que se parece mucho al liberalismo de C. H. Dodd).

Según la teología de la imitación, el Evangelio parece ser esto: Supongamos que hay cierta corriente furiosa sobre la cual la raza humana tiene que pasar a fin de ser salva. Entonces viene Cristo. Se sumerge y nos muestra que, mediante la confianza en Dios, él pudo cruzarla. Habiendo cruzado la corriente sin ventaja alguna sobre nosotros, se para luego al otro lado y nos dice: "Ahora que les he mostrado cómo es que se hace, ninguno de ustedes tiene

excusa para no hacerlo así. Si siguen mi ejemplo, todos pueden alcanzar la salvación".

Pero este tipo de "evangelio" ninguna cosa tiene en común con el Evangelio del Nuevo Testamento, que nos presenta la salvación como un don a través del obrar y del morir de Jesús. **La teología de la imitación enseña la salvación por el logro humano y no por la expiación; salvación por el desarrollo del carácter en lugar de salvación por gracia.**

En su doctrina de Jesús como nuestro ejemplo, algunos llegan hasta el extremo de sugerir que el plan de la salvación descansa sobre el hecho de que Jesús probó que nosotros podemos hacer exactamente lo que él hizo. Esto no sonaría tan mal si se dijera que se hace como fruto de la salvación. Pero decir que el plan de la salvación descansa sobre lo que pueden hacer "hombres y mujeres en su condición caída" es poner las cosas al revés.

La escena que nos presenta la teología de la imitación tocante a la generación final de los santos también es una distorsión. Se toma el principio de la cosecha --un principio que en sí mismo es válido y digno de ocupar un lugar en nuestro pensamiento-- y se lo presiona hasta el extremo de convertirlo realmente en una herejía. Para ser más precisos, la generación final ha de ser el grupo de creyentes de mayor madurez que jamás se haya desarrollado. Pero nos permitimos sugerir que la característica vital que se destaca en su madurez es que nunca ha habido un grupo de personas que hagan descansar tan completamente sus desvalidas almas sobre los méritos

CUPÓN DE PEDIDOS: Indique la cantidad que desea recibir, son gratis:

- ___ Vol. 2, No. 3-La Doctrina Básica del Mensaje de Despertar*
- ___ Vol. 2, No. 1-La Obra Consumada en Cristo*
- ___ Vol. 3, No. 1-El Cristo Levantado*
- ___ Vol. 3, No. 2-Reconciliación*
- ___ Vol. 3, No. 3-Arrepentimiento y Fe*
- ___ Vol. 3, No. 4-Reteniendo la Justificación
- ___ Vol. 4, No. 1-Impedimentos para la Lluvia Tardía
- ___ Vol. 4, No. 2-La Justificación por la Fe es el Fuerte Pregón
- ___ Vol. 4, No. 3-La Perfección de los Santos
- ___ Vol. 4, No. 4-La Perfección de los Santos-*continuado*
- ___ Vol. 5, No. 1-La Encarnación y la Perfección Cristiana
- ___ Vol. 5, No. 2-La Teología de la Imitación

(* Límite: Uno por familia.)

de la sangre y de la justicia imputada de Cristo (PP 200; SR 97). En lugar de hablar menos de la sangre (que es lo único que puede protegerlos) y de la justicia imputada de Jesús (que es la que cubre sus "deficiencias inevitables" --EGW), la comunidad del fuerte pregón exaltará este antiguo, pero que muy antiguo, Evangelio más plenamente; hablará más de él. Se regocijará más en él que lo que así se haya hecho en cualquier otra época de la iglesia. Este cuadro de la generación final es muy diferente del que presenta a 144,000 laodicenses pavoneándose como réplicas de Jesús --como un pueblo que ha dejado atrás el pecar, la justificación, la justicia imputada, el perdón, la misericordia, y toda esa "cuestión elemental".

Conclusión

La teología de la imitación no representa al mensaje cristiano; es una religión sin sangre, desprovista del mérito salvador. Descarta la "fe común" y presenta a "otro Jesús" que se constituye en un modelo no mejor que lo que nosotros somos capaces de duplicar "en todo aspecto". Barre a un lado las características esenciales de la economía cristiana. Ninguna denominación podría dar sanción a tal doctrina y seguir reclamando ser cristiana. La teología de la imitación no es cristianismo. Esta cuestión es tan clara y decisiva como esto.

Envíe el cupón a:

LLAMADO AL SANTUARIO
P O Box 292
Temecula, California 92593-0292 USA

SUBSCRIPCIONES:

Deseo recibir una suscripción gratis:

Nombre: _____

Dirección: _____
